Luis Piedrahita
A MÍ
ESTE
SIGLO
SE ME ESTÁ
HACIENDO
LARGO
Planeta

Luis Piedrahita

A MÍ ESTE SIGLO SE ME ESTÁ HACIENDO LARGO

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Luis Piedrahita, 2014
© del prólogo, José Mota, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Dirección de arte: Ximena Feijoo Merklen
Diseño gráfico: Estudio Marta Botas
Fotografía: Nines Mínguez
Imagen p. 5: Shutterstock
Vestuario: Alegría y Decisión
Agradecimientos: Javier Tomás Biosca y Rodrigo Sopeña

Primera edición: octubre de 2014
Depósito legal: B 18.129-2014
ISBN 978-84-08-13261-5
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

Próloco al libro de Luis Piedrahita,
por José Mota 9

POR LA CIUDAD 11
Las salas de espera 13
Las alarmas 19
Los bancos 25
Las ferias 31
Los museos 37
Las rotondas 41
Las abejas 45
Los zombis 49
La carpeta de los documentos del coche 55

EN EL DESPACHO 61
Los marcapáginas y los pisapapeles 63
Las herencias 67

Los finales de las cartas 73
Los libros de bolsillo 79
Las firmas 83

En la casa 89
Las cajas de herramientas 91
Las huchas 97
Los trapos 103
Las aspiradoras 107
El filamento de las bombillas 113
Las tapas del váter 117
El cajoncillo de limpiar los zapatos 121
Las esponjas 127
Dinero que cuesta gastar y dinero que no 131

Temas de comida 137
Los churros 139
Los mariscos 143
Las neveras y los congeladores 149
Las pajitas 155
Los dulces navideños 161
Pseudoquesos 167
El zumo de naranja 173
Las latas de conserva 177
El mueble bar 181

La condición humana 187
Las amígdalas 189
Las axilas 193

El estornudo y el hipo 197
Los trajes 203
Los cortaúñas 207
Los probadores 211
Los desfibriladores 215
La vagancia 219

LAS SALAS DE ESPERA

Las aves de la paciencia despliegan sus salas de espera

Unos de los lugares más desesperantes que existen son las salas de espera.

Antes de nacer, la primera sala de espera por la que pasamos es un testículo. Todos hemos estado allí esperando a que nos llamen. Suelen llamar los sábados. Estás allí y es como cuando vas a ver la Giralda: van llamando por grupos. Salen todos corriendo y a empujones, para subir a una torre y ser el primero en llegar al mirador.

Luego, a lo largo de la vida pasamos por varias salas de espera. Los médicos mayores, esos que montan la consulta en una casa, suelen tener una sala de espera tipo asador castellano: con sillones de cuero, ceniceros de bronce, cuadros de perros mordiéndole el cuello a un ciervo... Yo siempre me he preguntado quién habrá pintado todos esos cuadros de perros mordiendo cuellos de ciervos. ¿Cuántos habrá en España? ¿Mil? Yo creo que los médicos los ponen para que los pacientes vean al ciervo

y digan: «A mí me dolía un poco la garganta pero, la verdad, viendo ese cuadro, yo no estoy tan mal».

Entras allí y está todo el mundo en silencio. Dices:

—Buenas tardes.

Y se oye una especie de rumor...

—Mñstardesmñmsñ...

La primera cuestión es dónde sentarse. La norma es sentarse lo más lejos posible de otras personas. Lo único que sabes de esas personas es que todas están enfermas. No sabes lo que tienen, pero todos tienen algo. Ves un señor con ojos de huevo y dices: «Yo ahí no me siento, que igual me los contagia». Cierto que te puedes contagiar, pero también te puedes curar... Yo miro de qué tiene cara cada uno y luego me siento al lado del que más me interese. Por ejemplo: si ando un poco estreñido, pues me busco a alguien que tenga cara de gastroenteritis o de andar un poco suelto, y me siento cerquita para ver si nos contagiamos un poco y nos equilibramos.

Al entrar, habría que decir:

—Buenas tardes, tengo jaqueca por forzar demasiado la vista. ¿Hay alguien que tenga ojo vago?

—Sí, yo. Siéntese aquí.

Y si nadie quiere hablar, que cada uno lleve un cartelito con su enfermedad. El caballero que va con cartel de incontinencia se sienta al lado de la señora que dice «Retengo líquidos» y, por la teoría de los vasos comunicantes, se equilibran. Si hubiera comunicación, la mitad de los casos se solucionarían en la sala de espera.

Es curioso. Allí nadie habla con nadie, pero tampoco

hay silencio. De vez en cuando suena algún suspiro de señora mayor. «Ayyy...» Parece que la pobre se está deshinchando. Las señoras mayores nunca están solas en una sala de espera. Suelen ir con una amiga de su edad o con una hija y, la verdad, es muy difícil saber cuál es la enferma y cuál la sana, porque allí todo el mundo tiene carita de pena. Incluso es difícil saber cuál es la madre y cuál es la hija. Hay gente que tiene cara de llevar allí desde antes de que pusieran la consulta del doctor.

—Pero, hombre de Dios, ¿cuánto tiempo lleva usted esperando?

—No lo sé. Yo estaba sentado en una silla en la calle y vinieron unos obreros y construyeron esta salita alrededor. Para mí mejor, que si llueve no me mojo.

Siempre hay un momento en el que la señora mayor intenta hablar bajito con la otra, pero todo el mundo las escucha. Es incómodo, porque a veces son temas íntimos y susurrados:

—Pues este médico fue el que me miró lo del quiste aquel de la axila.

—¿Y qué tal?

—Muy bien. Me lo pintó de blanco y negro, y así parecía que llevaba un balón de futbol debajo del brazo.

—¿No te lo quitó?

—Él no, pero me lo quitaron unos niños en el parque para jugar a la pelota.

—Claro.

En la sala de espera vives situaciones embarazosas con personas que no vas a volver a ver nunca. Esos sillones de

cuero falso son terribles. A la mínima que te mueves suenan flatulentos. Claro, no sabes qué hacer. Todos te miran como diciendo: «Preferíamos los suspiros de la señora». Entonces, te mueves mucho como para dejar claro que no es lo que parece, pero, por alguna razón misteriosa, el sillón ya no hace ruido. Todos te miran como diciendo: «Sabemos lo que intentas, pero no nos engañarás». En ese caso, lo único que te puede salvar es una flatulencia real, para que todos digan: «Ah, pues sí. Era el sillón».

Toda sala de espera que se precie ha de tener una mesita con revistas. Hay algunas que no sé a qué esperan para cambiar las revistas. He llegado a ver *Interviús* de antes de que se inventara la silicona.

En las salas de espera de instituciones públicas no hay *Interviús*: hospitales, aeropuertos, Hacienda... Allí no hay sillones, ni cuadros de ciervos, ni mesitas de revistas... Allí hay una pantalla y todo el mundo la mira. Todos con su ticket en la mano a ver si sale su número. Yo cojo varios, así tengo más posibilidades. Siempre que hay que coger número me cojo veinte o treinta mil, pero no por mí. Lo hago para regalar esa discreta sensación de alivio a los que esperan con el número 22.000 y ven que en la pantalla todavía van por el 70. 70, 71... De repente, se ponen en el 21.998, 21.999 y 22.000. Lo hago por ellos, por regalar alivio a la gente que espera.

Esas salas de espera de lo público no tienen sillones de cueripiel. El sistema es otro. Sillas unidas por una barra de hierro. Es como una brocheta de sillas. Le pones unos mangos a los lados y es un futbolín de gente sentada. Si

algún día inventaran el futbolín de jubilados, podrían basarse en esas sillas.

La sala de los aeropuertos es un sitio muy curioso para esperar. Llaman por turnos. «Pueden embarcar los clientes preferentes con tarjeta oro, platino, zafiro y rubí.» Para ir todos en el mismo avión y comer en un plato de plástico hay demasiadas castas, ¿no? ¿Qué diferencia de trato cabe ya entre oro, platino, zafiro y rubí? Van delante y llegan al destino unas milésimas de segundo antes que el resto, pero no me parece que valga la pena. Dicen que es para que el que la tenga pueda sentirse un poquito superior. No me parece suficiente. Deberían sacar la tarjeta plutonio. El que la tenga tiene derecho a elegir a un pasajero, comerse su comida y tirarlo por la ventana en pleno vuelo. Así sí que te sientes un poquito superior.

La vida no es otra cosa que una sala de espera. Esperas para hacer la digestión y poder bañarte en la piscina, esperas que ese día baje a la piscina la chica que te gusta, esperas a que te conteste un whatsapp, esperas para sacarte el carné de conducir y cuando lo tienes la esperas en el portal, esperas que llegue la noche perfecta, ella se queda en estado de buena esperanza, os desesperáis un poco pero al final la esperas en el altar, esperas a que esté libre el cuarto de baño, esperas para ir al médico y un día, sin que nadie se lo espere, te mueres.

¿SABÍAS QUE...?

Un viajero estuvo un año almorzando gratis en la sala de espera VIP del aeropuerto de Shaanxi, en China. Su billete de primera clase le daba acceso gratuito a la lujosa sala de espera, y a modificar la fecha de su billete cuantas veces quisiera. Así lo hizo: nunca llegó a realizar el viaje. Cambiaba todos los días el billete para el día siguiente. Así tenía acceso diario a la exclusiva sala VIP del aeropuerto, acondicionada con todos los lujos para los viajeros de clase *business*. Cuando los responsables de China Eastern Airlines descubrieron la picaresca, no pudieron denunciarle, pues el pasajero no estaba haciendo nada ilegal.

LAS ALARMAS

Como bien gritó Schopenhauer una vez,
«¡La inteligencia de una persona es inversamente
proporcional a su capacidad
para soportar el ruido!»

Las alarmas pueden dispararse por muchos motivos, por ejemplo porque sí. Ése es el motivo más frecuente. El segundo es la caída de meteoritos o invasiones de Godzilla, en cuyo caso el hecho de que te roben el coche es un problema menor. Sólo el uno por ciento de las alarmas corresponde a coches que están siendo robados. Si oyes una, es mucho más acertado bajarse al refugio nuclear que ir a ver qué le pasa al coche.

Las alarmas sirven para avisar a la gente de que algo va mal, por ejemplo de que hay un sonido muy molesto que está dejando sordo a todo el mundo. No está bien pensado. Cuando hay un incendio, un atraco o un Godzilla, lo último que necesitas es un ruido infernal reventándote la cabeza. Es como si para avisar de que hay un terremoto salieran serpientes por los desagües y miles de murciélagos por el aire acondicionado. Yo prefiero el terremoto, la verdad. Lo de los aspersores sí que está bien, porque una ducha siempre despeja, pero lo del ruido no.

Cuando llegan los bomberos, lo primero no es apagar el fuego, lo primero es apagar la alarma: si no, allí no hay quien trabaje.

Ahora todo tiene alarma: los cuadros, los coches, los andamios... No sé con qué frecuencia robarán andamios; imagino que muy a menudo. Te ven distraído, agarran el andamio por el asa, dan el tirón y echan a correr. Lo peor es ir a la comisaría a poner la denuncia.

—Venía a denunciar el robo de un andamio de nueve plantas.

—¿Algún rasgo característico del ladrón?

—Sí: llevaba al hombro un andamio de nueve plantas.

¡Malditos ladrones de andamios! Yo es que me indigno. Por su culpa hay que poner alarma en los andamios, y se da la redundante paradoja de que al armar el andamio hay que alarmar el andamio.

La primera alarma que oímos es la que traen de serie las hermanas pequeñas. Es como si tuvieran un sensor de malas intenciones. En cuanto entras en su espacio aéreo, salta la alarma: «¡Mamáaaaa!, ¡mamáaaaa!». Además, las hermanas pegan unos gritos que se oyen fuera del país. «¡Mamáaaaa, Luis quiere hacerme algo!» No saben lo que quieres hacerles, pero saben que es malo. «¡Mamáaaaa!» Claro, tu madre llega y te neutraliza en dos zapatillazos. Te castiga antes de que cometas el delito, como en la peli de *Minority report*.

Ojalá las alarmas de las motos detectaran las intenciones, porque ésas saltan con mirarlas. Da mucha pena. Es muy triste esa moto que pita sin que nadie la haya

intentado robar. La moto queda mal, queda de creída. Es como una chica fea que se indigna por un piropo que no era para ella. Además te hace pasar un mal rato. Te apoyas para atarte los cordones, eso empieza a pitar y la gente te mira como diciendo: «No hagas que te atas los zapatos, porque todos sabemos que estás intentando robar esa moto». Eso es un peligro, porque a larga pasará como en el cuento de *Pedro y el lobo*: para robar una moto sólo habrá que atarse los cordones y mirar a la gente como diciendo: «Ay, estas alarmas..., es que saltan con sólo mirarlas».

Otro momento incómodo es cuando sales de Zara y salta la alarma. Es curioso, porque esa alarma sólo salta cuando alguien paga algo. Deberían ponerla en los juicios. En vez de declararte culpable o inocente, que tengas que pasar por la puerta de Zara: si pita es que eres inocente.

En el hogar es distinto. Hay muchos motivos para poner una alarma en casa; el más español de todos: hacerse el chulito delante de los vecinos. Se pone una pegatina bien grande en el balcón para que la vea todo el mundo. He visto pisos interiores que ponen la pegatina en el patio de luces para que la vea la comunidad. Es una pegatina que tiene la cara de un guardia, una gorra de policía y una estrella de sheriff, y si la pones ya no se acercan los ladrones. Es como el espantapájaros del siglo XXI. Los dueños del piso lo dicen como resignados: «Hemos tenido que poner una alarma por los retratos de macarrones que hizo Pablito el día de la madre. Los hemos llevado a tasar y resulta que tienen un valor sentimental incalculable».

Lo bueno de esas alarmas es que tienen una cámara que, cada vez que te desvalijan, te manda las imágenes al móvil. Hay casas que las han robado tantas veces que tienen hasta su propio perfil de Facebook. Si eres aficionado a los allanamientos de morada, subes el vídeo a YouTube y puedes tener un montón de visitas.

Una gran paradoja es...: ¿tendrán alarmas las tiendas de alarmas? Lo lógico es pensar que sí, porque les sale gratis, pero pensemos un poco más... ¿Qué tipo de ladrón va a robar una alarma? ¿Para ponerla dónde? ¿En su almacén secreto de material robado? Lo último que querría ese ladrón es que el ruido de una alarma atrajese a la policía hacia allí. Así que las tiendas de alarmas viven sumidas en un dilema que me río yo de Hamlet, príncipe de Dinamarca.

Hay alarmas en todas partes, hasta en el ascensor, por si te quedas atrapado. Hay tantas que la poli no puede llegar a tiempo a todas. El otro día robaron en el gimnasio y los ladrones tuvieron tiempo de escapar en las bicicletas estáticas.

Todas las cosas valiosas tienen alarma, desde una hermana hasta un ascensor. Estamos alarmados en todo momento. Nos han robado algo tan valioso como la tranquilidad, pero no nos hemos dado cuenta porque, cuando sucedió, no saltó ninguna alarma.

¿SABÍAS QUE...?

La palabra *alarma*, etimológicamente, viene de «¡al arma!», que era lo que se gritaba antaño para poner una fuerza en disposición de combate. Por ese motivo los tanques de guerra, los bombarderos y los submarinos atómicos no tienen sistema antirrobo, porque si saltara la alarma podría dar pie a un malentendido.